

Todas lo han leído

Vodevil · Obra de 9 personajes · 7 mujeres, 1 hombre, 1 indistinto · 85 min · Avanzado

Cada jueves, en casa de Mireille, en Burdeos, un club de lectura comenta la novela del mes. Esta noche, su autora, que escribe con seudónimo y a la que nadie ha visto nunca, ha prometido venir. Ninguna de las siete lectoras la ha leído hasta el final, el cuarto de baño tiene una fuga y el fontanero tiene que pasar entre las seis y las diez. A las ocho en punto, llaman a la puerta.

El salón de un piso grande de Burdeos, con vistas al Garona, un jueves por la noche de octubre, en la actualidad.

Reparto

MIREILLE (Papel femenino, Sénior) 71 años, viuda de un negociante de vinos, fundó el club de los jueves hace veintitrés años en su piso.

BÉATRICE (Papel femenino, Sénior) 84 años, antigua profesora de literatura, la decana del club.

JUDITH (Papel femenino, Sénior) 67 años, galerista jubilada, amiga de Mireille desde el instituto.

CLAIRE (Papel femenino, Adulto) 47 años, médica anestesista en el hospital, miembro del club desde hace cuatro años.

NINA (Papel femenino, Adulto) 33 años, librera en una gran librería del centro, en el club desde hace tres meses.

ELENA (Papel femenino, Adulto) 52 años, nuera de Mireille, secretaria del club, lleva el cuaderno de las sesiones.

ROSE (Papel femenino, Adulto) 58 años, antigua enfermera de noche, miembro del club desde hace seis años; trae los canelés.

JONAS (Papel masculino, Adulto) 46 años, fontanero, llamado esa misma mañana por una fuga.

CAMILLE (Sin marca de género, Adulto) unos treinta años, se encarga de los encuentros con lectores y de los contratos en Ediciones del Estran, en La Rochelle.

ACTO I

ESCENA 1

(El salón de Mireille. Cinco puertas: la de la entrada, que da al rellano; la cocina; el cuarto de baño, que comunica con el dormitorio de Mireille; el dormitorio de Mireille; el cuarto de invitados. Unos sillones en círculo alrededor de un sillón más alto, vacío. Un reloj de pared parado. En la mesa baja, una pila de libros idénticos. Elena coloca unas copas, con un cuaderno bajo el brazo. Mireille sale del cuarto de baño con un cubo en la mano.)

MIREILLE. Una gota cada cuatro segundos. Las he contado.

ELENA. ¿Y el fontanero?

MIREILLE. «Entre las seis y las diez.» Es lo que me dijeron esta mañana por teléfono. Entre las seis y las diez. Como la marea.

ELENA. Son las siete menos cuarto.

MIREILLE. Entonces llega tarde para las seis y pronto para las diez. Va exactamente por la mitad de su retraso.

(Deja el cubo junto a la puerta del cuarto de baño, lo mira, vuelve a llevarlo al cuarto de baño y sale sin él.)

MIREILLE. Esta noche nadie entra en el cuarto de baño.

ELENA. Siempre hay una que entra.

MIREILLE. Pues verá el cubo, y tendrá la educación de no verlo.

ELENA. ¿Lleva la carta encima?

(Mireille saca un sobre del bolsillo y despliega la carta con cuidado.)

MIREILLE. Ya no me separo de ella. «Querida señora: acepto ir a su club el jueves, a las ocho de la tarde. Iré sola. Solo le pido una cosa: no avise a nadie, ni a los periódicos ni a mis editores. Querría una velada normal. Marthe Lestey.»

ELENA. Una velada normal.

MIREILLE. En este salón nunca ha habido una velada normal. Paul no lo habría permitido.

ELENA. ¿Y cómo llegó esa carta? ¿Por correo?

MIREILLE. A mi buzón. Sin sello.

ELENA. ¿Sin sello?

MIREILLE. Entregada en mano, Elena. Empujó la puerta del edificio. Estuvo en mi portal, al lado de las bicis de los Lambert.

ELENA. Entonces vive en Burdeos. O en el edificio.

MIREILLE. En este edificio conozco a todo el mundo. No hay ningún escritor. Están los Lambert, un dentista y Rose.

ELENA. Entonces tiene a alguien que le lleva las cartas.

MIREILLE. Los verdaderos escritores siempre tienen a alguien.

ELENA. ¿Y la tinta verde?

MIREILLE. Los verdaderos escritores escriben en verde. El azul es para los cheques.

(Guarda la carta en el bolsillo, luego la vuelve a sacar para dejarla bien a la vista sobre la mesa, luego se la vuelve a guardar.)

ELENA. O sea, que no ha avisado a nadie.

MIREILLE. A nadie.

(Una pausa.)

MIREILLE. Solo he llamado a La Rochelle.

ELENA. ¿A la editorial?

MIREILLE. Para pedir ejemplares dedicados. No se invita a un escritor sin avisar a quienes le dan de comer. Es pura educación.

ELENA. Ella escribió «ni a mis editores».

MIREILLE. Por modestia. Me contestaron que intentarían mandar a alguien. No vendrá nadie. Son dos horas de tren y llueve en toda la costa.

(Mireille sale hacia la cocina. Elena saca una cinta métrica del bolso, mide la pared a toda velocidad y apunta una cifra en el cuaderno. Mireille vuelve con un plato vacío. Elena desliza la cinta entre dos páginas.)

MIREILLE. ¿Qué haces?

ELENA. Cuento las sillas.

MIREILLE. Hay nueve. Siempre ha habido nueve. Siete para nosotras, una para la invitada y la de Paul.

ELENA. Thomas ha llamado a mediodía.

MIREILLE. ¿Tu marido tiene otra residencia que enseñarme? ¿Una habitación con un botón rojo encima de la cama y partidas de cartas los miércoles?

ELENA. Dice que el piso es demasiado grande para usted.

MIREILLE. Es demasiado grande para él. Nunca se queda el tiempo suficiente para recorrerlo entero.

(Elena abre el cuaderno.)

ELENA. Para el acta de esta noche. «La guardiana del estuario.» ¿Quién eligió el libro del mes?

MIREILLE. Yo.

ELENA. El cuaderno de septiembre dice: «Propuesto por Rose.»

MIREILLE. Rose lo propuso. Yo lo elegí. Proponer, cualquiera puede. Elegir es un oficio.

ELENA. ¿Y qué pongo?

MIREILLE. Pones «elegido por Mireille». ¿Y tú, lo has terminado?

ELENA. Voy por la página doscientos ochenta y siete.

MIREILLE. Bien. Muy bien. ¿Y qué tal?

ELENA. Pues sale el faro, la tormenta, el padre enfermo, la niña que arregla la linterna. Hace mucho viento.

MIREILLE. Es el estuario.

ELENA. ¿Y usted?

MIREILLE. Dos veces.

ELENA. ¿Dos veces?

MIREILLE. La segunda, por los detalles.

(Llaman a la puerta. Mireille se arregla el pelo, Elena cierra el cuaderno sobre la cinta métrica. Mireille abre.)

ESCENA 2

(Béatrice entra del brazo de Judith, con un bastón en la otra mano y el libro apretado contra el pecho. Judith lleva una botella de vino.)

JUDITH. Ha querido subir a pie.

BÉATRICE. Cuatro pisos son un capítulo. Los capítulos no se saltan.

MIREILLE. Béatrice, hay ascensor.

BÉATRICE. El ascensor es el resumen. No he leído un resumen en mi vida.

(Béatrice se sienta en el sillón más alto. Mireille la mira, Elena la mira.)

ELENA. Béatrice, ese sillón es para ella.

BÉATRICE. Ya se lo devolveré. Se lo estoy calentando.

JUDITH. ¿No ha llegado?

MIREILLE. A las ocho. Escribió que a las ocho.

JUDITH. Son las siete. ¿Nos haces venir una hora antes?

MIREILLE. Para estar preparadas. Para ponernos de acuerdo.

JUDITH. ¿De acuerdo en qué? Lo hemos leído.

MIREILLE. En el orden de las preguntas. No vamos a echarnos encima de ella como en el mercado de los Capucins.

BÉATRICE. Yo solo tengo una pregunta. Se la hago a todos los autores desde 1971. «¿Por qué?»

ELENA. ¿Y qué contestan?

BÉATRICE. Por lo general, preguntan dónde está el baño.

(Judith le tiende la botella a Elena.)

JUDITH. De la finca de mi primo. No la vende, se la regala a la gente que entiende.

BÉATRICE. Elena, hija, ¿qué pone en esa etiqueta? Cada vez escriben más pequeño. Es para que bebamos sin saber.

ELENA. «Grand vin de Bordeaux.»

BÉATRICE. No se han atrevido a poner otra cosa.

(Judith da la vuelta al salón, olfateando.)

JUDITH. Huele a humedad, tu casa.

MIREILLE. Una fuga, en el cuarto de baño. El fontanero pasa entre las seis y

las diez.

JUDITH. Todos dicen lo mismo. No vienen nunca. O vienen un domingo, con un aprendiz que mastica algo.

MIREILLE. Háblame mejor del libro.

JUDITH. Lo que a mí me removi6 por dentro fue el final.

MIREILLE. El final, sí.

JUDITH. «Y sirvió el té, como cada jueves, sin que nadie la mirara.»

(Una pausa.)

BÉATRICE. Ahí está todo.

JUDITH. Todo. Seiscientas páginas para llegar a esa taza de té.

MIREILLE. Seiscientas doce.

JUDITH. ¿Las has contado?

MIREILLE. Las he leído. Dos veces.

JUDITH. ¿Y la escena del medio? Ya sabes. Esa que...

MIREILLE. Ah. Esa.

JUDITH. Sí.

MIREILLE. Inolvidable.

JUDITH. No pegué ojo.

MIREILLE. Yo tampoco. Tuve que levantarme.

JUDITH. ¿Para qué?

MIREILLE. Para releerla.

(Una pausa. Las dos beben un sorbo a la vez.)

BÉATRICE. El faro es la madre.

JUDITH. Evidentemente.

MIREILLE. Evidentemente.

ELENA. ¿Y por qué es la madre?

BÉATRICE. Porque alumbra y nadie lo mira nunca. En todas las grandes novelas, el faro es la madre.

ELENA. ¿Hay un faro en todas las grandes novelas?

BÉATRICE. En las que valen algo, hay uno. A veces va disfrazado de catedral.

JUDITH. Lo que me gusta de Marthe Lestey es que no escribe para todo el mundo. Mi asistenta lo compró. Lo vi asomar de su bolso. Estuve a punto de no terminarlo.

ELENA. ¿Porque ella lo había comprado?

JUDITH. Me pregunto qué puede entender ella. Una frase como «sin que nadie la mirara», hay que haber vivido para oírla.

BÉATRICE. Yo lo leí en una noche.

ELENA. ¿Seiscientas doce páginas?

BÉATRICE. A mi edad, las noches son largas. Y las páginas, cortas.

JUDITH. ¿Y Rose viene?

MIREILLE. Rose viene todos los jueves.

JUDITH. Sí, pero esta noche. Habría que pedirle que no hable. Le va a preguntar a la autora si escribe por la mañana o por la noche.

BÉATRICE. Es una buena pregunta.

JUDITH. Es una pregunta de sala de espera.

BÉATRICE. Fui yo quien os trajo a Rose, hace seis años. Nunca me he arrepentido.

JUDITH. Nadie te lo ha reprochado, Béatrice.

BÉATRICE. Me lo reprocháis todos los jueves. Con las cejas.

(Llaman. Elena va a abrir.)

ESCENA 3

(Entra Claire, con la tarjeta del hospital todavía prendida en la chaqueta y el móvil en la mano. Detrás de ella, Nina, con los brazos cargados de libros idénticos, rodeados por una faja roja.)

CLAIRE. No me quedo mucho. Estoy de guardia.

JUDITH. Estás de guardia todos los jueves.

CLAIRE. La gente se opera los jueves. Es estadístico. Si el hospital llama a las nueve y media, me voy, os aviso.

JUDITH. Siempre llama a las nueve y media, tu hospital.

CLAIRE. Las urgencias son muy puntuales.

NINA. Buenas noches. He traído más, por si quiere firmar alguno. Los hemos puesto en el escaparate, con mi tarjeta.

JUDITH. ¿Qué tarjeta?

(Nina saca un libro de la pila y enseña la faja.)

NINA. La recomendación de la librería. La escribí yo. Hemos vendido trescientos.

MIREILLE. Léenosla.

NINA. «Un faro, una tormenta, una muchacha sola frente al mar. La novela del año. Nina, librera.»

JUDITH. Es la contracubierta.

NINA. La he resumido.

JUDITH. Tenía tres líneas.

NINA. Yo la he dejado en dos.

BÉATRICE. Acortar es todo un oficio.

(Elena abre el cuaderno sobre la mesa y tiende un bolígrafo.)

ELENA. El cuaderno de asistencia, por favor. Una firma cada una. Esta noche es histórica.

(Claire firma, Nina firma, Judith firma, Béatrice firma sin mirar la página, desde muy arriba. Lllaman. Mireille abre. Entra Rose con una caja de cartón en los brazos.)

ROSE. Buenas noches. Todavía están tibios.

JUDITH. Vives dos pisos más abajo, Rose, y llegas la última.

ROSE. Estaban en el horno.

MIREILLE. Déjalos en la cocina, Rose. Los sacaremos después.

ROSE. ¿Después de qué?

MIREILLE. Después de ella.

(Rose deja la caja en la mesa, saca un bolígrafo del bolsillo y firma en el cuaderno.)

ELENA. Rose, tienes letra de maestra. Toda redondita. Se podría leer desde la otra punta de la mesa.

ROSE. Es el bolígrafo. Un bolígrafo del hospital. En treinta años de noches, no he devuelto ni uno.

CLAIRE. Así que eras tú.

ROSE. El servicio de bolígrafos todavía me anda buscando.

MIREILLE. Bien. Ahora que estamos todas, escuchadme. Llega a las ocho. Yo la recibo. La presento. Béatrice hace la primera pregunta.

BÉATRICE. «¿Por qué?»

MIREILLE. Después Judith, sobre el estilo. Después Claire, sobre la enfermedad del padre, ya que eres médica.

CLAIRE. ¿Y de qué está enfermo el padre?

MIREILLE. Lo has leído.

CLAIRE. Claro. Quería comprobar que teníamos el mismo diagnóstico.

MIREILLE. Después Elena, para el cuaderno. Nina escucha, que está a prueba.

NINA. ¿Y hasta cuándo estoy a prueba, exactamente?

MIREILLE. Hasta que alguien importante te dirija la palabra, aquí, en este salón. Es la regla.

NINA. ¿Quién puso la regla?

MIREILLE. Yo.

NINA. ¿Y quién es importante?

JUDITH. Esta noche, una sola persona.

NINA. ¿Y si no me dirige la palabra?

MIREILLE. Habrá otros autores.

CLAIRE. En veintitrés años no ha venido ni uno.

MIREILLE. Razón de más. Van con retraso.

NINA. ¿Puedo hacer una preguntita?

MIREILLE. Al final. Y Rose...

ROSE. Yo sonrío.

MIREILLE. Eso es. Perfecto.

ROSE. Aviso de todos modos: me quedé en la página trescientos.

(Un silencio. Todas la miran.)

JUDITH. ¿Te quedaste?

ROSE. Pasa.

JUDITH. Aquí no.

MIREILLE. Rose, si te pregunta por dónde vas, dices que lo has releído.

ROSE. ¿Y si me pregunta qué es lo que más me gustó?

MIREILLE. El viento. A todo el mundo le gustó el viento.

NINA. ¿Puedo hacer mi preguntita ya? Para estar segura de no decir ninguna tontería delante de ella.

MIREILLE. Adelante.

NINA. En la última frase, la que sirve el té. ¿Quién es?

(Una pausa. Claire echa un vistazo al móvil.)

JUDITH. Aurore.

BÉATRICE. La madre.

MIREILLE. La guardiana.

CLAIRE. La viuda del aduanero.

(Todas miran a Claire.)

CLAIRE. Es una forma de verlo.

ELENA. Aurore es la guardiana. Y la madre se muere en la página cuatro.

BÉATRICE. Por eso es ella. En las grandes novelas, las muertas siempre sirven el té.

NINA. Entonces es Aurore.

JUDITH. Evidentemente, es Aurore.

MIREILLE. O sea, que en el faro hay té.

ELENA. Yo todavía no he llegado al té.

(El reloj parado sigue marcando las cuatro y diez. Mireille mira su reloj de pulsera.)

MIREILLE. Las siete y cuarto. Cuarenta y cinco minutos.

(Una pausa. Nadie se mueve.)

MIREILLE. Voy a buscar las toallas.

CLAIRE. Voy a lavarme las manos. El hospital.

NINA. ¿Dejo el abrigo en algún sitio?

ELENA. En el cuarto de invitados. Ven, te enseño.

JUDITH. Voy a ver tu vista del Garona, Mireille. La echo de menos, tu vista.

MIREILLE. El Garona está por aquí.

JUDITH. Lo veré mejor desde el cuarto de invitados.

ESCENA 4

(Mireille sale hacia su dormitorio. Claire entra en el cuarto de baño. Elena, Nina y Judith desaparecen en el cuarto de invitados. Las puertas se cierran una tras otra. Béatrice se queda en el sillón alto. Rose abre su caja y coloca los canelés en el plato.)

BÉATRICE. Se han ido a leer.

ROSE. Se han ido a dejar el abrigo.

BÉATRICE. Claire no traía abrigo.

(Una pausa.)

BÉATRICE. Rose. Este no me lo leíste, los martes.

ROSE. No.

BÉATRICE. Me leíste el de las abejas. Me leíste el ruso, entero, con todas sus primas. Hasta me leíste el de Judith, el que escribió sobre su galería, y eso que no te lo había pedido.

ROSE. Usted se durmió en la página diez.

BÉATRICE. Por educación. Pero este, no. ¿Por qué?

ROSE. Este no podía.

BÉATRICE. ¿Te dio miedo el viento?

ROSE. No me salía la voz. Se me quedaba en la garganta, como cuando se te atraganta una pastilla.

BÉATRICE. Y dentro de cuarenta minutos, una mujer se va a sentar en este sillón y me va a preguntar qué me ha parecido. Cuéntamelo. Deprisa. Hasta tu página trescientos.

ROSE. Hay una isla en medio del agua, justo donde la Gironde se convierte en mar. En la isla, un faro. En el faro, un torrero y su hija. Se llama Aurore. Tiene catorce años. Arregla todo lo que se rompe: los cristales, las bombas, la lámpara, el molinillo de café. Un invierno, el padre cae enfermo. Ya no puede subir. Así que sube ella. Trescientos once escalones, cada noche. Los cuenta, porque su padre los contaba. Enciende. Y nadie, en la costa, sabe que es una niña quien sostiene la luz.

(Una pausa.)

BÉATRICE. Lo cuentas como si hubieras estado allí.

ROSE. Mi padre trabajaba en el estuario. Las boyas, las balizas. Arreglaba todo lo que flotaba. Y lo que ya no flotaba, también lo arreglaba, por gusto.

BÉATRICE. Trescientos once escalones.

ROSE. Es lo que pone.

BÉATRICE. Diré: «¿Por qué trescientos once?» Quedará muy bien.

(Se abre la puerta del cuarto de invitados. Empujan a Elena afuera, con el cuaderno contra el pecho. La puerta se cierra detrás de ella.)

ELENA. ¡Solo quería enseñaros el armario!

(Ninguna respuesta. Elena mira a Béatrice, que ha cerrado los ojos, y luego a Rose, que la mira. Saca la cinta métrica y mide la pared del salón, muy deprisa, de rodillas.)

ROSE. Cuatro metros sesenta.

(Elena se queda helada.)

ROSE. Hice la cuenta el año pasado, por el árbol de Navidad. Mireille quería saber si cabría.

ELENA. Es para Thomas. Quiere cifras. Para la inmobiliaria.

ROSE. No diré nada.

ELENA. Dice que no puede seguir sola aquí. Que el salón tiene cuarenta metros cuadrados para una sola persona.

ROSE. Los jueves cabemos ocho.

ELENA. Él no viene los jueves.

(Se abre la puerta del dormitorio de Mireille. Sale Mireille, con una hoja impresa en la mano y las gafas puestas. Ve a Elena de rodillas.)

MIREILLE. ¿Qué haces en el suelo?

ELENA. Buscaba un pendiente.

MIREILLE. Tú no llevas pendientes.

ELENA. Por eso lo busco.

(Mireille mira a Elena, mira la hoja, la dobla en cuatro y la mete en el libro de Béatrice, que lo tiene en las rodillas.)

MIREILLE. Béatrice, le he puesto un marcador.

BÉATRICE. Gracias. Los pierdo todos.

MIREILLE. Las toallas. No encuentro las toallas.

ROSE. Están en el cuarto de baño. En el armario azul.

MIREILLE. ¿Y tú cómo sabes eso?

ROSE. Llevo seis años doblándolas detrás de usted.

(Mireille va hacia el cuarto de baño. La puerta se abre antes de que llegue. Sale Claire, con el móvil pegado a la oreja y la otra mano mojada.)

CLAIRE. El aduanero, en el fango, vale. La viuda. Un comisario. Gracias, sí. Buena guardia.

(Cuelga. Ve a todo el mundo.)

CLAIRE. El hospital. Una urgencia. Ya está resuelto.

MIREILLE. ¿Un aduanero en el fango?

CLAIRE. Es una forma de hablar, en reanimación. Mireille, tu cubo se desborda.

MIREILLE. No puede desbordarse, lo vacié a las seis.

CLAIRE. El cubo no sabe leer tu reloj.

(Mireille entra a toda prisa en el cuarto de baño. Claire se sienta, vuelve a coger el móvil y lee a toda velocidad moviendo los labios. Béatrice abre un ojo, abre su libro, encuentra la hoja doblada y se la tiende a Rose.)

BÉATRICE. Rose, ¿qué es esto que ha caído del cielo?

ROSE. «Ficha de lectura. Los guardianes del estuario. Resumen en diez puntos. Punto uno: Lucien, un joven aduanero, desembarca en la isla del faro de Cordouan.»

CLAIRE. ¿Lucien?

ROSE. «Punto dos: la tormenta.»

BÉATRICE. Dame eso.

(Béatrice coge la hoja, la sostiene con el brazo estirado, luego muy cerca, y después la mete debajo del cojín.)

BÉATRICE. Ya la leeré luego. Me he dejado las otras gafas.

(Se abre la puerta del cuarto de invitados. Sale Judith con un artículo de periódico recortado en la mano, que mete en el bolso. La sigue Nina, con el libro abierto por la contracubierta.)

JUDITH. Nina se estaba cambiando.

NINA. No me estaba cambiando.

JUDITH. Entonces se estaba peinando.

NINA. Usted estaba leyendo un periódico.

JUDITH. Estaba mirando el Garona a través de un periódico. Al caer la tarde hay un reflejo.

(Mireille sale del cuarto de baño, con el cubo en la mano y las mangas

mojadas.)

MIREILLE. No se desbordaba. Estaba medio vacío.

CLAIRE. O medio lleno. Es una forma de verlo.

(Mireille deja el cubo en el cuarto de baño, cierra la puerta y se apoya de espaldas contra ella.)

MIREILLE. Bien. De este salón ya no sale nadie.

ESCENA 5

(Están todas en el salón. Mireille, apoyada en la puerta del cuarto de baño, las cuenta con la mirada.)

MIREILLE. Nos quedan veinte minutos. Pongámonos de acuerdo en una sola cosa. El aduanero.

ELENA. ¿Qué aduanero?

MIREILLE. Lucien. Ella lo quiere, él la quiere, se quieren por encima del mar.

CLAIRE. Se muere.

MIREILLE. Se casa con ella.

CLAIRE. Lo encuentran en el fango, cabeza abajo. Hay una viuda. Y un comisario.

MIREILLE. En este libro no hay ningún comisario. Es un libro literario.

CLAIRE. Los comisarios también leen.

ELENA. Voy por la página doscientos ochenta y siete y no he visto a ningún Lucien.

MIREILLE. Aparece en la doscientos ochenta y ocho.

ELENA. ¿Y cuándo se muere?

CLAIRE. En la doscientos ochenta y nueve.

ELENA. Se queda un poco corto, para una boda.

JUDITH. Os lo estáis perdiendo todo. Lucien no existe. Lucien es una metáfora.

NINA. ¿Una metáfora de qué?

(Judith saca el artículo del bolso, lo despliega y lee.)

JUDITH. «En esta novela, la luz es un personaje, y el mar, una página en blanco que la guardiana llena cada noche.»

BÉATRICE. Es precioso.

NINA. ¿Y qué quiere decir?

JUDITH. Que es una novela sobre la escritura. Todas las grandes novelas son novelas sobre la escritura.

BÉATRICE. O sobre la madre.

JUDITH. La madre es la escritura.

BÉATRICE. Entonces estamos de acuerdo.

NINA. Pero en la tarjeta puse «una muchacha sola frente al mar».

MIREILLE. No está sola, está Lucien.

CLAIRE. Lucien está en el fango.

JUDITH. Lucien es una metáfora.

ELENA. ¿Lucien no está en el libro!

(Silencio. Se vuelven hacia Rose, que echa agua en la tetera.)

MIREILLE. Rose. Página trescientos. ¿Has visto a algún Lucien?

ROSE. No he visto a ningún Lucien.

JUDITH. Rose no ha visto a Lucien porque Rose se quedó por el camino.

BÉATRICE. ¿Por qué trescientos once escalones?

MIREILLE. ¿Qué?

BÉATRICE. Es mi pregunta. La hago justo después de «¿por qué?». Causa efecto.

MIREILLE. Bien. Esto es lo que sabemos. Lucien existe. Está herido, no muerto. Y es una metáfora.

CLAIRE. ¿Herido dónde?

MIREILLE. En el fango.

CLAIRE. Me vale.

ELENA. «Tras un animado debate, el club se pone de acuerdo sobre Lucien.»

MIREILLE. Ahora, los sitios. Cada una en su sillón, con el libro en las rodillas, abierto. Al principio no, que parece de colegio. Al final tampoco, que parece pretencioso. A los dos tercios.

(Todas abren el libro a los dos tercios. Nina cuenta las páginas a toda velocidad.)

NINA. Los dos tercios de seiscientos doce son...

JUDITH. Ábrelo al azar, con aplomo.

(Rose se levanta con la tetera.)

ROSE. Voy a calentar agua. A lo mejor le apetece un té.

MIREILLE. Le apetecerá un gran vino, Rose. Ya has oído a Judith.

ROSE. O un té. Como al final.

(Rose sale a la cocina. A lo lejos, un campanario da las ocho. Se quedan inmóviles en sus sillones. Lllaman a la puerta. Mireille se levanta, se alisa el vestido y abre. Jonas está en el rellano, con una gran bolsa de lona al hombro y una caja metálica en la mano.)

JONAS. Buenas noches. ¿Es aquí, lo de Mireille? ¿El cuarto piso?

MIREILLE. Pase. Pase. No diga nada.

JONAS. Me dijeron que era urgente.

MIREILLE. ¡Urgente! Llevamos seis meses esperándolo.

JONAS. Seis meses, no. Me llamaron esta mañana.

MIREILLE. Esta mañana llamé yo a La Rochelle, sí. ¿Le han avisado? ¿Viene con ella?

JONAS. ¿Con quién?

(Nina se levanta, con el libro en la mano.)

NINA. Con Marthe Lestey.

(Jonas ve el libro en manos de Nina, luego la pila sobre la mesa.)

JONAS. ¿Ustedes leen esto? ¿Todas?

MIREILLE. Todas lo hemos leído.

JONAS. Es el libro más bonito que he abierto en mi vida. Lo tengo en la furgoneta. Lo llevo a todas partes.

JUDITH. Lo lleva a todas partes.

NINA. ¿Es usted? ¿Usted es Marthe Lestey?

JONAS. ¿Yo?

MIREILLE. Un seudónimo. Evidentemente.

JUDITH. Marthe Lestey es un hombre.

BÉATRICE. Siempre lo he dicho.

CLAIRE. Eso explica la enfermedad del padre.

ELENA. ¿Explica qué?

CLAIRE. No lo sé. Pero lo explica.

JONAS. Espere. No. Yo he venido a...

MIREILLE. A pasar una velada normal. Ya lo sabemos. Lo escribió usted.

JONAS. ¿Lo escribí yo?

MIREILLE. En verde.

JONAS. Escribo, sí. Un poco. Por las noches. Pero...

(Judith coge a Mireille del brazo y le habla bajito, lo bastante alto para que la oiga todo el mundo.)

JUDITH. Y tu fontanero sigue sin venir. Esa gente no sabe leer un reloj. Ni nada, por cierto.

(Una pausa. Jonas mira a Judith. Deja la caja sobre la alfombra, despacio.)

BÉATRICE. ¿Viaja usted con sus manuscritos?

JONAS. Con mis herramientas.

BÉATRICE. Las herramientas del escritor. Hoy en día hace falta una caja de hierro.

JONAS. Tiene usted razón, señora. Esa gente no lee nada.

(Le tiende la mano a Mireille.)

JONAS. Me llamo Jonas. Marthe es para los libros.

(Aplauden. Rose sale de la cocina con la tetera. Ve a Jonas, y luego la caja sobre la alfombra. Se detiene.)

MIREILLE. ¡Rose! Te presento a Marthe Lestey.

(Rose deja la tetera. Coge el plato de canelés y se lo ofrece a Jonas.)

ROSE. Buenas noches.

(Jonas coge un canelé.)

JONAS. Está tibio.

ROSE. Siempre están tibios.

(Oscuro.)

ACTO II

ESCENA 1

(El salón, unos minutos más tarde. Jonas está sentado en el sillón alto, con una copa de vino en la mano. La caja y la bolsa, a sus pies. Las siete forman un círculo a su alrededor, con el libro abierto a los dos tercios sobre las rodillas. Elena sostiene el cuaderno.)

(Mireille le tiende la carta a Jonas.)

MIREILLE. Su carta. Ya no me separo de ella.

(Jonas la lee. La relee. La devuelve.)

JONAS. Está bien escrita.

JUDITH. Es modesto.

MIREILLE. Tenemos una tradición. La decana hace la primera pregunta.

(Béatrice se yergue.)

BÉATRICE. ¿Por qué?

(Una pausa. Jonas mira su copa.)

JONAS. ¿Por qué qué?

BÉATRICE. Por qué.

JONAS. Porque la lámpara se apagaba.

(Un silencio.)

BÉATRICE. Ah.

JUDITH. Ah.

ELENA. «Porque la lámpara se apagaba.»

BÉATRICE. ¿Y por qué trescientos once escalones?

JONAS. Yo subí, allí, el verano pasado. Con la lancha que sale de la punta. A mí no me salieron los mismos. Pero en el libro, ella cuenta trescientos once. Creo que los escalones de más son los que sube por su padre.

BÉATRICE. Casi llora.

JUDITH. El estilo, ahora. Sus frases son tan cortas. Tan secas. ¿Es un rechazo del lirismo?

JONAS. Es que tienen que aguantar. Una frase es como un racor. Si aprietas demasiado, se parte. Si no aprietas, gotea.

(Judith saca una libreta y escribe.)

JUDITH. «Si aprietas demasiado, se parte. Si no aprietas, gotea.»

CLAIRE. La enfermedad del padre. Soy médica. Yo diría: el corazón.

JONAS. Los pulmones. El frío, la sal, el humo de la lámpara. En la página ciento cuarenta, tose sobre la lente, y ella limpia la lente antes de ocuparse de él.

CLAIRE. Es lo que pensaba. Los pulmones, y un poco el corazón.

MIREILLE. ¿Y Lucien?

JONAS. ¿Quién?

MIREILLE. El aduanero.

JONAS. No hay ningún aduanero.

ELENA. ¡Gracias!

MIREILLE. Es una metáfora.

NINA. Esperen. Lucien. El aduanero. El fango. Es... «Los guardianes del estuario». En plural.

JUDITH. ¿Y eso qué es?

NINA. Una novela negra. Salió el mismo mes. Las dos editoriales usaron la misma foto del faro para la cubierta. Las ponemos una al lado de la otra, en la sección de autores de la región, y... bueno, la gente se equivoca. Todos los días. En la novela negra, Lucien es aduanero y se muere en la página doscientos ochenta y nueve. Creo.

CLAIRE. Doscientos ochenta y nueve. Ya lo dije yo.

MIREILLE. Entonces es la metáfora de otro libro.

JONAS. Hay un chico que trae el correo en barca, los martes. No tiene nombre. Tiene un perro.

CLAIRE. ¿Y el perro acaba en el fango?

JONAS. El perro está estupendamente.

(Jonas levanta los ojos hacia el reloj parado. Lo mira largo rato.)

JONAS. Su reloj está parado.

MIREILLE. Desde que murió mi marido. Las cuatro y diez. Nadie lo toca.

JONAS. Las cuatro y diez.

MIREILLE. Le parece ridículo.

JONAS. No. Me parece... Lo he visto en alguna parte.

JUDITH. Todos los relojes parados se parecen. Ahí está su encanto.

(Suena el móvil de Jonas. Mira la pantalla y se levanta.)

JONAS. Perdón. Es mi editor.

(Se aleja unos pasos, hacia la ventana. Todas se callan para escuchar.)

JONAS. Sí. No, estoy aquí. No, todavía no me he puesto con la junta. ¿El sifón? El sifón lo miro después. Sí, ya sé que ha llamado esta mañana. Me encargo yo. El parte quedará firmado, sí. Esta noche. Sí, jefe.

(Cuelga.)

NINA. Llama «jefe» a su editor.

MIREILLE. Es la costumbre, en La Rochelle.

JUDITH. El sifón.

BÉATRICE. Habla de la segunda parte.

NINA. ¿Qué es el sifón, en una novela?

JONAS. Es el sitio donde todo lo que has tirado acaba subiendo otra vez.

JUDITH. Sublime.

(Escribe en su libreta.)

ELENA. ¿Y la junta?

JONAS. La junta es lo que impide que las cosas se salgan. Cuando está gastada, gotea. Una gota cada cuatro segundos. Al principio no la oyes. Y luego ya no oyes otra cosa.

(Un silencio. Mireille mira hacia la puerta del cuarto de baño.)

CLAIRE. Yo la oigo.

MIREILLE. No es nada. Es el vecino.

NINA. ¿Puedo hacer mi preguntita? Estoy a prueba, así que la hago al final, pero esto ya es un poco el final.

MIREILLE. Nina.

JONAS. Adelante.

NINA. La faja roja de su libro. «La novela del año.» La escribí yo. ¿La ha visto?

JONAS. La he visto.

NINA. ¿Y?

JONAS. La quité. Tapaba el dibujo del faro.

NINA. Ah.

JONAS. Y además decía «una muchacha sola frente al mar». No está frente al mar. Le da la espalda. Mira la costa, toda la noche, para ver si alguien mira su luz.

NINA. He vendido trescientos.

JONAS. Pues trescientas personas han quitado la faja.

NINA. Me ha dirigido la palabra.

MIREILLE. No cuenta. Era para llevarte la contraria.

(Nina quita la faja de su ejemplar, la dobla y se la mete en el bolsillo.)

ELENA. Yo también tengo una pregunta. Para el cuaderno. ¿Cuánto tiempo tardó en escribirlo?

JONAS. No lo sé. ¿Cuánto se tarda en escribirlo, según usted?

ELENA. No lo sé. Yo no lo he escrito.

JONAS. Yo tampoco lo sé. Cuando sale, no se cuenta.

ELENA. «No se cuenta.»

(Jonas se vuelve hacia Rose, que no ha dicho nada.)

JONAS. ¿Y usted? No ha preguntado nada.

ROSE. Yo sonrío.

JONAS. Eso no es una pregunta.

ROSE. ¿Escribe por la mañana o por la noche?

(Judith cierra los ojos.)

JONAS. Por la noche. En la furgoneta. Entre dos obras.

ROSE. Está bien, la furgoneta. Nadie llama a la puerta.

MIREILLE. Rose, no estás obligada a dar tu opinión.

ROSE. No daba mi opinión. Hablaba de la furgoneta.

(Jonas se levanta y coge su caja.)

JONAS. ¿Dónde está el cuarto de baño?

MIREILLE. ¡El cuarto de baño no!

JONAS. ¿Perdón?

MIREILLE. Hay un cubo.

JONAS. Estoy acostumbrado a los cubos.

(Jonas entra en el cuarto de baño con la caja. La puerta se cierra. Rose se levanta y coge una toalla doblada del respaldo de un sillón.)

ROSE. Voy a llevarle una toalla.

(Rose entra en el cuarto de baño y cierra la puerta tras ella.)

ESCENA 2

(Las seis se miran. Mireille se levanta.)

MIREILLE. A la cocina. Todas. Ahora mismo.

JUDITH. ¿Para qué?

MIREILLE. Para decidir quién lo lleva a cenar después. No vamos a hablarlo delante de él.

(Salen todas a la cocina, Béatrice la última, apoyada en su bastón. La puerta se cierra. El salón queda vacío. Se abre la puerta del cuarto de baño. Sale Jonas, con las mangas remangadas. Rose lo sigue, con la toalla al hombro.)

JONAS. Usted lo sabe.

ROSE. La caja. Y sus manos. Un escritor no tiene masilla debajo de las uñas. Tiene tinta.

JONAS. Voy a decírselo. Ahora mismo.

ROSE. ¿Por qué?

JONAS. Porque es mentira. Y porque la de verdad va a llamar a la puerta de un momento a otro.

ROSE. No vendrá.

JONAS. ¿Cómo lo sabe?

ROSE. Créame. Una mujer que escribe «querría una velada normal» sube cuatro pisos, oye a través de la puerta que se pelean por un aduanero que no existe, y vuelve a bajar.

JONAS. ¿La conoce?

ROSE. Conozco la escalera.

(Una pausa.)

JONAS. ¿Y por qué quiere que siga?

ROSE. Porque me gustaría oír lo que se le dice a un escritor. Llevo seis años escuchándolas hablar de libros. Nunca delante de alguien que haya escrito uno.

JONAS. Yo no he escrito ninguno.

ROSE. Lo ha leído. Eso ya es más que todas las que están en esa cocina.

JONAS. Usted también lo ha leído.

ROSE. Hasta la página trescientos.

JONAS. ¿Y por qué se quedó ahí? Es justo donde empieza de verdad.

ROSE. Es donde se convierte en otra cosa.

JONAS. La primera vez, creí que faltaban páginas. Página trescientos uno: ni faro ni mar. Una ciudad. Un piso, con...

ROSE. No me lo cuente. Quiero guardarme el final para mí.

(Le coge a Jonas la caja de herramientas de las manos.)

ROSE. De la junta me encargo yo.

JONAS. ¿Sabe hacerlo?

ROSE. Mi padre arreglaba las boyas del estuario, ya se lo he dicho.

JONAS. No me ha dicho nada.

ROSE. Entonces se lo dije a otra persona. Y una enfermera de noche cambia más juntas de lo que se cree. A las cuatro de la mañana no hay nadie más a quien llamar.

JONAS. Mi jefe quiere el parte de trabajo, firmado por la clienta. Si no, no cobro, y él tampoco.

ROSE. ¿Dónde está ese parte?

JONAS. En la tapa de la caja. Se escribe lo que se ha hecho, la hora, la pieza cambiada. La clienta firma abajo.

(Rose saca su bolígrafo verde del bolsillo.)

ROSE. Lo escribiré yo.

JONAS. ¿Y yo qué hago?

ROSE. Usted es Marthe Lestey. Cuando sepa, conteste. Cuando no sepa, hable de fontanería. Les encanta.

JONAS. ¿Y si me preguntan por mí? ¿Por mi vida, por mi madre, por mi infancia?

ROSE. Nadie le va a preguntar por usted. Le preguntarán por ellas.

(Una pausa. Jonas mira su bolsa de lona.)

JONAS. Yo tengo uno. Uno de verdad. Que he escrito de verdad. En la furgoneta, por las noches.

ROSE. ¿De qué trata?

JONAS. De fontanería. Bueno, de las casas en las que uno entra. Ves sus cuartos de baño, lo sabes todo de ellos en diez minutos, y te vas sin que sepan tu nombre.

ROSE. ¿Lo ha mandado?

JONAS. Once veces. Once rechazos.

ROSE. Once no es nada.

JONAS. ¿Y usted qué sabe?

ROSE. Sé contar. He hecho guardias de noche durante treinta años: se cuenta todo, las gotas, las horas, las cartas que vuelven.

(La puerta de la cocina se entreabre. Se oyen las voces. Rose entra en el cuarto de baño con la caja y cierra la puerta. Jonas vuelve a sentarse en el sillón alto y coge su copa.)

ESCENA 3

(Las seis vuelven de la cocina, Mireille a la cabeza.)

MIREILLE. Hemos votado. Después de la sesión, lo llevamos a cenar, al restaurante del muelle. Nos guardan una mesa desde hace veintitrés años.

JONAS. Tengo que volver pronto. Mañana tengo una obra, a las siete.

JUDITH. Una obra.

BÉATRICE. Los grandes siempre dicen «una obra». Los pequeños dicen «mi proyecto».

CLAIRE. Yo me voy a las nueve y media, de todas formas. Estoy de guardia.

MIREILLE. Tú no te vas antes de las dedicatorias.

CLAIRE. Si el hospital llama...

MIREILLE. El hospital llamará después de las dedicatorias.

(Mireille mira a su alrededor.)

MIREILLE. ¿Dónde está Rose?

JONAS. Se ha acostado. En su dormitorio.

MIREILLE. ¿En mi dormitorio?

JONAS. Un mareo. Ha dicho que se le pasaría.

MIREILLE. Rose no ha tenido un mareo en su vida. En seis años no ha tenido nada de nada.

CLAIRE. Voy a verla. Soy médica.

JONAS. Ha dicho: sobre todo, nada de médicos.

CLAIRE. Eso lo entiendo.

JUDITH. Siempre se va en el peor momento. Un día se irá en mitad de una frase.

(Vibra el móvil de Mireille. Se pone las gafas y lee.)

MIREILLE. «Estoy en la estación de Saint-Jean. Llego en veinte minutos. No le digan nada, quiero darle una sorpresa. Camille, Ediciones del Estran.»

(Levanta los ojos de la pantalla.)

MIREILLE. ¡Su editorial! ¡Vienen desde La Rochelle!

JONAS. ¿Aquí?

MIREILLE. No debería habérselo dicho. Es una sorpresa.

JONAS. ¿En veinte minutos?

MIREILLE. Diecinueve.

NINA. No parece muy contento.

JONAS. Nunca me han visto.

NINA. ¿Su editorial no lo ha visto nunca?

JONAS. Nunca. Cartas. Un apartado de correos. Era la condición. Sale en todos los periódicos: nadie me ha visto nunca. Ya estoy acostumbrada.

(Una pausa.)

JUDITH. Ha dicho «acostumbrada».

JONAS. La costumbre. Con el seudónimo. A la larga, uno acaba concordando en

femenino.

BÉATRICE. Eso también es muy bonito.

ELENA. «Acaba concordando en femenino.»

JUDITH. Entonces tengo que darle una cosa antes de que La Rochelle se lo lleve. Tengo el bolso en el cuarto de invitados.

ELENA. Voy contigo.

JUDITH. Sé dónde está mi bolso.

ELENA. Y yo sé dónde está el cuarto.

(Judith y Elena salen al cuarto de invitados. Mireille se acerca a Jonas. Las demás fingen leer.)

MIREILLE. Sabe usted, este club existe desde hace veintitrés años. Hemos leído doscientos setenta libros. Nunca hemos recibido a nadie. Es usted el primero.

JONAS. La primera.

MIREILLE. Mi marido abría el vino. No leía nada, decía que los libros eran para las mujeres y para los notarios. Pero los jueves se quedaba en la entrada, y escuchaba. Mi hijo dice que el club son unas viejas que beben vino hablando de libros que no han leído.

JONAS. ¿Y no es verdad?

MIREILLE. Esta noche, no. Esta noche hay un escritor en el sillón.

(Jonas mira el reloj parado, luego a Mireille.)

JONAS. ¿Hasta dónde ha leído?

MIREILLE. ¿Perdón?

JONAS. Nada. Una pregunta de escritor.

(Se abre la puerta del cuarto de invitados. Salen Judith y Elena, del brazo. Judith lleva un libro delgado de cubierta blanca. Elena aprieta el cuaderno contra el pecho.)

JUDITH. Elena me ha ayudado a encontrar el bolso.

ELENA. Estaba debajo de la cama.

JUDITH. Ha medido la cama. Para asegurarse.

ELENA. Judith leía debajo de la cama. Para asegurarse.

MIREILLE. ¿Medido qué?

JUDITH. Nada.

ELENA. Nada.

(Judith le tiende el libro blanco a Jonas.)

JUDITH. Lo escribí yo. Treinta años de mi galería. Solo se lo regalo a la gente que entiende.

JONAS. Gracias.

JUDITH. Ya me dirá. Entre escritores.

(Llaman. Todo el mundo se queda inmóvil. Jonas se levanta de un salto, se vuelve a sentar, se vuelve a levantar.)

ESCENA 4

(Mireille abre. Camille está en el rellano, con un paraguas que gotea en una mano y una cartera en la otra.)

CAMILLE. Buenas noches. Camille, de Ediciones del Estran. Perdón por la hora. El tren se ha parado cuarenta minutos antes de Saintes. Una vaca en la vía. Nos miraba.

MIREILLE. ¡Pase, pase! Aquí estamos. Ya está todo el mundo.

(Camille entra, deja el paraguas en el paragüero y mira el círculo de sillones.)

CAMILLE. ¿Está aquí?

(Nadie contesta. Camille se acerca a Béatrice.)

CAMILLE. ¿Es usted?

BÉATRICE. Todavía no.

(Camille se vuelve hacia Judith.)

CAMILLE. ¿Usted?

JUDITH. Podría haberlo sido.

MIREILLE. Es él.

(Camille se da la vuelta. Jonas está de pie delante del sillón alto.)

CAMILLE. ¿Él?

JONAS. Yo.

CAMILLE. Pero las cartas... La letra redonda, la tinta verde, los «con afecto» al pie de la página...

JONAS. Tengo la letra redonda.

CAMILLE. ¿Y el apartado de correos, en Mériadeck?

JONAS. Es el mío. Es pequeño. Lo abro con una llave.

(Una pausa. Camille le estrecha la mano.)

CAMILLE. Perdone. Es que nos lo imaginábamos. Seis meses imaginándolo, en la oficina. Habíamos hecho apuestas. Nadie había apostado por un hombre.

JONAS. ¿Y quién ganó?

CAMILLE. Nadie. Nuestro contable había apostado por una maestra jubilada. Por la letra.

CAMILLE. Pidió que no fuéramos. Lo sé. Pero cuando la señora llamó esta mañana, no pude quedarme en La Rochelle.

JONAS. ¿Usted llamó?

MIREILLE. Por educación.

JONAS. Yo había escrito «ni a mis editores».

MIREILLE. Lo escribió por modestia.

JONAS. Lo escribí en verde.

CAMILLE. ¿Puedo lavarme las manos? El tren, el paraguas, la vaca.

MIREILLE. El cuarto de baño no. Hay...

NINA. Ahí, al fondo a la derecha.

JONAS. No, espere...

(Camille ya ha empujado la puerta del cuarto de baño y desaparece detrás. La puerta se queda entreabierta. Silencio en el salón. Se oye la voz de Camille.)

CAMILLE. Oh. Perdón. ¿Usted es... la fontanera?

(Una pausa.)

ROSE. Sí.

CAMILLE. No la molesto. Solo me lavo las manos.

ROSE. Ese grifo no.

(Ruido de agua. Camille sale, con las manos mojadas, y cierra la puerta.)

CAMILLE. Hay una fontanera en su cuarto de baño.

MIREILLE. ¿Una fontanera?

JUDITH. Una mujer fontanero.

NINA. Una fontanera. Se dice así.

BÉATRICE. Ahora se dice todo. Eso es lo inquietante.

MIREILLE. ¿Ha venido mi fontanero? ¿Cuándo?

JONAS. Mientras ustedes estaban en la cocina. Llamaron. Abrí yo.

MIREILLE. ¿Le abrió usted a mi fontanero?

JONAS. A su fontanera.

CLAIRE. ¿Y qué tal es?

CAMILLE. Unas manos muy seguras. Me ha prohibido el grifo de la izquierda.

MIREILLE. Tengo que ir a verla. Tengo que hablarle del cubo.

(Jonas se planta delante de la puerta del cuarto de baño.)

JONAS. No le gusta que la miren trabajar.

MIREILLE. ¿Como a usted?

JONAS. Como a mí.

MIREILLE. ¿Cuánto le debo?

JONAS. Ya le hará un parte.

(Camille se sienta en el borde de un sillón, abre la cartera y saca una carpeta de cartón.)

CAMILLE. No quería hablar de esto esta noche. Usted pidió una velada normal. Pero ya que estoy aquí...

JONAS. ¿Qué es?

CAMILLE. El contrato del segundo libro. Falta su firma. Marthe Lestey, al pie de la página cuatro.

JONAS. ¿El segundo?

CAMILLE. En el Estran somos cuatro. Su libro nos da de comer desde hace seis meses. Antes, imprimíamos guías de senderismo y recetas de la isla de Ré. El banquero espera el lunes. Sin este contrato, cerramos en Navidad.

(Camille le tiende un bolígrafo. Jonas mira el bolígrafo, no lo coge.)

JONAS. Yo nunca firmo sin haber leído.

CAMILLE. El libro lo escribe usted. Todavía no hay nada que leer.

JUDITH. Tiene razón. No se firma sin leer.

(Una pausa. Todo el mundo mira a Judith.)

JUDITH. Es una cuestión de principios.

ESCENA 5

(Camille se sienta, con la carpeta sobre las rodillas. Claire mira la hora en el móvil y se levanta.)

CLAIRE. Las nueve menos cinco. Voy a ver a Rose.

JONAS. ¡Está dormida!

CLAIRE. Miro desde la puerta. No despierto a nadie. Al contrario.

(Claire va hacia el dormitorio de Mireille. Jonas se levanta de un salto y va a llamar a la puerta del cuarto de baño.)

JONAS. ¡Fontanera! ¿Necesita una llave del doce?

MIREILLE. ¿Por qué grita?

JONAS. Todas están un poco sordas. Por las tuberías.

(Detrás de la puerta del cuarto de baño, un ruido metálico, una puerta interior que se cierra de golpe. Claire entreabre la puerta del dormitorio de Mireille y asoma la cabeza.)

CLAIRE. ¿Rose? ¿Duermes?

ROSE. Sí.

CLAIRE. Bien.

(Claire cierra con cuidado y vuelve.)

CLAIRE. Duermes. Toalla en la cara. Pies mojados.

NINA. ¿Y por qué tiene... los pies mojados?

CLAIRE. Los mareos hacen sudar los pies. Está documentado.

(En el cuarto de baño, la llave vuelve a golpear una tubería.)

(Mireille se levanta a su vez.)

MIREILLE. Bueno. Voy a hablar con esa fontanera. Tengo que enseñarle dónde estaba el cubo, y preguntarle el precio antes de que se lo invente.

(Jonas vuelve a precipitarse hacia el cuarto de baño y llama.)

JONAS. ¡Fontanera! ¡La clienta!

(Detrás de las puertas, otro portazo. Mireille abre la puerta del cuarto de baño y mira dentro.)

MIREILLE. No hay nadie.

JONAS. Está debajo del lavabo.

MIREILLE. Debajo del lavabo no hay nadie. Hay una caja de herramientas y mi cubo.

CAMILLE. Estaba ahí hace diez minutos. Con las manos en el sifón.

MIREILLE. ¡Se ha ido por mi dormitorio!

(Mireille cruza el salón y abre la puerta de su dormitorio.)

ROSE. ¿Mireille? ¿Es usted? Todavía me da vueltas la cabeza.

MIREILLE. Rose, ¿has visto pasar a una fontanera?

ROSE. Tenía la toalla sobre los ojos.

(Mireille cierra y vuelve al centro del salón.)

NINA. ¿Se habrá ido por la ventana?

(Todo el mundo, menos Jonas, se vuelve hacia la ventana.)

MIREILLE. ¿Desde un cuarto piso?

(A sus espaldas, la puerta del dormitorio se vuelve a abrir unos centímetros. Rose asoma la cabeza, con la toalla al hombro, y mira el salón. Jonas la ve. Nadie más. Él niega con la cabeza. Rose desaparece. La puerta se cierra sin ruido.)

MIREILLE. Rose duerme, y mi fontanera ha salido volando.

JUDITH. Esa gente no viene nunca. Y cuando viene, sale volando.

(Se oye, en el cuarto de baño, el ruido de una llave sobre una tubería, regular.)

NINA. ¿Ha... vuelto?

MIREILLE. ¿Por dónde?

JONAS. Había bajado a por una pieza a la furgoneta.

MIREILLE. ¿Pasando por mi dormitorio?

JONAS. Es más corto.

MIREILLE. ¡Mi dormitorio no lleva a ninguna parte! ¡Da a mi cuarto de baño y a este salón!

JONAS. En los edificios antiguos hay patinillos. Trampillas. Detrás de una bañera siempre hay un paso para las tuberías, y un fontanero pasa por donde pasan las tuberías. Se entra por un cuarto de baño y se sale por una cocina. Conocemos caminos que la gente no conoce en su propia casa.

BÉATRICE. Como los escritores.

JONAS. Eso es. Como los escritores.

CAMILLE. En la oficina tenemos una gotera en el techo desde hace dos años. No viene nunca nadie. Voy a pedirle su tarjeta.

(Camille se levanta y va hacia el cuarto de baño.)

JONAS. ¡No!

(En el cuarto de baño, la llave se detiene. Una puerta interior se cierra de golpe.)

CAMILLE. ¿Perdón?

JONAS. No tiene tarjeta. Tiene un número. Que cambia.

CLAIRE. Y yo vuelvo a ver a Rose. No contesta como alguien que duerme. Contesta como alguien que escucha.

(Claire va hacia el dormitorio de Mireille. Camille va hacia el cuarto de baño. Jonas se queda en medio del salón, entre las dos puertas, con una mano tendida hacia cada una. Claire y Camille abren las dos puertas en el mismo instante y entran. Las dos puertas se cierran. Una pausa. Un ruido de choque, al otro lado de la pared.)

CLAIRE. ¡Perdón!

CAMILLE. ¡Perdón!

(Las dos puertas se vuelven a abrir a la vez. Claire sale del cuarto de baño. Camille sale del dormitorio de Mireille. Claire y Camille se miran de un lado a otro del salón.)

CLAIRE. Usted estaba en el cuarto de baño.

CAMILLE. Usted estaba en el dormitorio.

CLAIRE. Estaba. Rose duerme, con la toalla en la cara. Y luego la puerta del fondo estaba abierta, y he aparecido en el cuarto de baño.

CAMILLE. Igual que yo. En sentido contrario.

CLAIRE. En el cuarto de baño no hay nadie.

CAMILLE. En el dormitorio tampoco. Solo alguien que duerme, con una toalla en la cara.

(Una pausa. Todo el mundo se vuelve hacia Jonas.)

JONAS. El patinillo.

MIREILLE. ¿Qué patinillo?

JONAS. El patinillo de instalaciones. Entre un dormitorio y un cuarto de baño siempre hay un hueco. Los arquitectos lo dejan para las tuberías, y los fontaneros lo usan para todo lo demás. Ahí se encuentran cosas que no se imagina. Cartas, dentaduras postizas, botellas escondidas. Una vez, un gato, que llevaba tres años viviendo ahí.

NINA. ¿Un gato?

JONAS. Estaba estupendamente. Como el perro del libro.

CLAIRE. ¿Y una fontanera cabe en un patinillo?

JONAS. Una buena, sí.

CAMILLE. Tendría que ver ese patinillo. Para la oficina.

JONAS. No se ve. Es lo que tiene un patinillo.

(En el cuarto de baño, la llave vuelve a golpear la tubería, regular.)

ELENA. Ha vuelto.

CAMILLE. ¿Por dónde?

JONAS. Por donde pasan las tuberías.

(Judith mira largamente a Jonas, luego la puerta del cuarto de baño, luego la del dormitorio.)

JUDITH. Esta noche pasan muchas cosas por detrás de las paredes.

CLAIRE. En todo caso, ya no se oye la gota.

(Una pausa. Todo el mundo escucha. Ya no se oye la gota.)

ELENA. «Veintiuna horas y diez. Ya no se oye la gota.»

ESCENA 6

(Jonas sostiene el contrato sin leerlo. Camille espera, con el bolígrafo tendido. Mireille le hace una seña a Elena para que llene las copas.)

MIREILLE. Mientras él lee, Camille, cuéntenos. ¿Qué es lo que más le gustó?

CAMILLE. El faro.

JUDITH. ¿Y el final?

CAMILLE. El final es muy potente.

ELENA. ¿Y Lucien?

CAMILLE. Lucien es fundamental.

ELENA. No hay ningún Lucien.

CAMILLE. Para la editorial, es fundamental.

NINA. ¿Lo ha leído?

(Una pausa. Camille deja el bolígrafo.)

CAMILLE. Hasta el capítulo tres.

JUDITH. ¿Tres?

CAMILLE. El manuscrito llegó un lunes. El jueves había que mandar la contracubierta a la imprenta. Leí tres capítulos, escribí «un faro, una tormenta, una muchacha sola frente al mar», y apagué la lámpara.

(Camille bebe un sorbo.)

CAMILLE. Después, todo el mundo copió la contracubierta. Los libreros, los periódicos, la radio.

NINA. Mi faja es su texto.

JUDITH. Y mi artículo es la faja de Nina.

BÉATRICE. Y el marcador de Mireille es otro libro.

MIREILLE. ¿Qué marcador?

BÉATRICE. El que habla de un aduanero.

(Mireille vacía su copa de un trago.)

(Judith se vuelve hacia Jonas.)

JUDITH. Una editorial que no lee. Un escritor que es un hombre. Una fontanera que sale de la nada. Yo lo he leído hasta el final. Así que cuéntenos el final, señor Lestey. A ver si es el mismo que el mío.

JONAS. ¿Quieren el final?

MIREILLE. No.

CLAIRE. Sí.

ELENA. Todavía no, que yo solo voy por la página doscientos ochenta y siete.

MIREILLE. Cuéntenos mejor la segunda parte. Todavía no hemos hablado de ella.

CAMILLE. ¿Hay una segunda parte?

BÉATRICE. La segunda parte siempre es la mejor. Es donde el autor se suelta.

(Jonas deja el contrato sobre las rodillas.)

JONAS. En la página trescientos uno, dejamos el faro. Dejamos el mar. Estamos en la actualidad. Lise, la nieta de Aurore, vive en Burdeos. Está

sola. Un día, entra en un club de lectura.

(Durante lo que sigue, la puerta del cuarto de baño se entreabre despacio. Nadie lo ve.)

JONAS. Un club, los jueves por la noche, en un piso grande a orillas del río. En casa de una mujer que se llama Mathilde.

MIREILLE. Mathilde.

JONAS. Mathilde tiene un reloj parado en las cuatro y diez, desde que murió su marido.

(Levanta los ojos hacia el reloj. Todo el mundo levanta los ojos hacia el reloj. Sigue, más despacio.)

JONAS. Mathilde elige los libros. Los elige muy bien. Nunca pasa de la página doce.

(Judith se ríe, muy breve.)

JONAS. Hay una amiga de Mathilde, amiga desde el instituto, que solo lee la última frase de los libros y se la recita a todo el mundo, con los ojos cerrados.

(Judith ya no se ríe.)

JONAS. Hay una doctora a la que le suena el móvil todos los jueves a las nueve y media para poder irse. Lo ha programado ella.

(Claire mira su móvil y le da la vuelta sobre las rodillas.)

JONAS. Está la nuera de Mathilde, que lleva el cuaderno y escribe cada semana el acta de discusiones que nunca han existido.

(Elena cierra el cuaderno.)

JONAS. Hay una vieja profesora que hace la misma pregunta a todos los libros, y a todo el mundo. «¿Por qué?»

BÉATRICE. Es una pregunta excelente.

JONAS. Y está Lise. Lise trae los canelés. Nadie le habla. Nadie le pregunta qué le ha parecido. Y es ella quien...

(Jonas se detiene. Mira la silla vacía de Rose, el plato de canelés que hay al lado y luego la puerta entreabierta del cuarto de baño. Por la rendija, Rose lo mira. Nadie más la ve.)

MIREILLE. Basta.

(Un largo silencio. Camille las mira una por una y luego anota algo en la carpeta.)

NINA. Son seis. Falta una.

JUDITH. Somos nosotras.

CLAIRE. No somos nosotras. Es una forma de verlo.

MIREILLE. Página doce.

JUDITH. «Con los ojos cerrados.»

ELENA. Mi cuaderno no está en el libro. Mi cuaderno está en mi bolso.

CAMILLE. «Un club de lectura en Burdeos.» Hay que rehacer la contracubierta.

CLAIRE. Las nueve y media. Hasta tiene la hora.

BÉATRICE. «Una vieja profesora que hace la misma pregunta.» ¿Eso es todo? ¿Seiscientas páginas, y yo, una pregunta?

JONAS. Hay más.

BÉATRICE. Entonces no lo diga delante de ellas.

(Mireille se levanta y se acerca al sillón alto.)

MIREILLE. Usted no ha estado nunca aquí.

JONAS. Nunca.

MIREILLE. No conocía mi reloj.

JONAS. Lo he visto esta noche por primera vez.

MIREILLE. No conocía a ninguna de nosotras.

JONAS. A ninguna.

MIREILLE. Entonces alguien se lo ha contado todo.

JUDITH. Alguien de aquí.

CLAIRE. Alguien que viene los jueves.

BÉATRICE. Alguien que escucha.

MIREILLE. Hay una traidora en el club de los jueves.

(Las seis se miran. Camille las mira. Jonas mira la puerta del cuarto de

baño, que se cierra sin ruido. Oscuro.)

ACTO III

ESCENA 1

(Vuelve la luz. El mismo instante. Las seis están de pie, menos Béatrice. Jonas está en el sillón alto, con el contrato sobre las rodillas. Camille mira su móvil.)

CAMILLE. Perdón. El banquero. Quiere saber si está firmado.

JONAS. Dígale que estoy leyendo.

CAMILLE. Aquí no tengo cobertura.

ELENA. En la cocina, al lado de la nevera. Es el único sitio.

(Camille sale a la cocina marcando un número.)

MIREILLE. Sentaos. Todas.

(Se sientan.)

MIREILLE. Señor Lestey. ¿Quién?

JONAS. No revelo mis fuentes.

JUDITH. Usted no es periodista.

JONAS. Esta noche no soy gran cosa.

(Se abre la puerta del dormitorio de Mireille. Sale Rose, secándose las manos con la toalla.)

ROSE. Buenas noches. He dormido un poco.

MIREILLE. ¡Rose! ¿Y tu mareo?

ROSE. Se me ha pasado.

CLAIRE. Tienes algo negro, ahí, en la mano.

ROSE. Crema.

CLAIRE. Es negra, tu crema.

ROSE. Es crema de noche.

JUDITH. Rose, siéntate y calla. Estamos buscando a una traidora.

ROSE. Ah.

(Rose se sienta a un lado, en su sitio de siempre.)

JUDITH. Yo sé quién es. El cuaderno. Todo está en el cuaderno. Veintitrés años de jueves, quién dijo qué, quién llevaba qué, quién se fue a qué hora. Le bastaba con leer el cuaderno.

ELENA. El cuaderno no dice nada que sea verdad.

MIREILLE. ¿Cómo que nada que sea verdad?

(Elena abre el cuaderno, pasa las páginas y se detiene.)

ELENA. «Jueves 14 de marzo. Apasionada discusión sobre el final de la novela. Béatrice recuerda la importancia del silencio en el autor. Judith y Mireille, por una vez, están de acuerdo. Claire se queda hasta las once. Nos despedimos tarde, sin ganas de irnos.»

(Cierra el cuaderno.)

ELENA. El 14 de marzo, Claire se fue a las nueve y media. Judith y Mireille se pelearon en el rellano por un paraguas. Béatrice durmió. Y nadie había pasado de la página cuarenta.

JUDITH. El paraguas era mío.

MIREILLE. Era de Paul.

ELENA. ¿Lo ven?

MIREILLE. ¿Por qué escribiste eso?

ELENA. Porque por la noche, después del club, usted le leía el cuaderno a Paul. En su cama, en el hospital, al final. Quería saber cómo había ido el jueves. Yo no podía escribirle que nadie había leído. Así que escribí los jueves que a él le habrían gustado. Y después seguí. Ya no sabía cómo se para.

(Una pausa. Mireille le quita el cuaderno a Elena y lo aprieta contra el pecho.)

MIREILLE. Todavía lo releo. Los domingos.

ELENA. Lo sé. El marcador cambia de sitio.

JUDITH. Bueno. Entonces no es el cuaderno. Es alguien con memoria.

ELENA. Tú te sabías la última frase.

JUDITH. ¡Todo el mundo se sabe la última frase! ¡Está en la última página!

CLAIRE. Yo no me la sabía.

JUDITH. Tú siempre te vas antes del final. Tienes todo el tiempo del mundo para ir a contarle nuestros jueves a quien quieras.

CLAIRE. ¿Contar qué? Si nunca estoy. Y tú, Judith, tienes una galería llena de gente que escribe en los periódicos.

JUDITH. Tenía. Están todos muertos o en Arcachon.

NINA. ¿Y usted? Es su casa. Es su reloj.

MIREILLE. Una no se traiciona a sí misma.

BÉATRICE. Pues es lo que mejor se nos da, a nuestra edad.

NINA. ¿Y yo?

MIREILLE. ¿Tú qué?

NINA. ¿A mí nadie me acusa?

JUDITH. Llevas aquí tres meses.

NINA. Podría ser yo, de todos modos. Tengo muy buena memoria. Me sé de memoria todas las contracubiertas de la librería.

JUDITH. Precisamente.

(Judith se vuelve hacia Rose.)

JUDITH. Y tú, la de los canelés, que nunca dices nada, ¿no tienes nada que decir?

ROSE. Sí.

(Todo el mundo la mira.)

ROSE. El té está frío.

(Todas se dan la vuelta.)

MIREILLE. Ya que nadie confiesa, lo haremos de otra manera. Cada una hablará con él a solas. Él le dirá a cada una lo que escribió sobre ella. Y luego compararemos.

JONAS. Yo no he escrito nada sobre nadie.

MIREILLE. Lo escribió en verde. Todas al cuarto de invitados. Pasamos de una en una. Como en el médico.

CLAIRE. En el médico nunca se pasa de una en una.

(Se levantan y salen al cuarto de invitados, Béatrice la última. Rose se detiene en el umbral, mira a Jonas y luego entra a su vez. La puerta se cierra. Jonas está solo. Abre el contrato, lo cierra. Mira la puerta del cuarto de baño.)

ESCENA 2

(Se abre la puerta del cuarto de invitados. Sale Judith, la cierra tras ella y viene a sentarse frente a Jonas.)

JUDITH. Paso yo la primera. Tengo la edad.

JONAS. Béatrice tiene la edad.

JUDITH. Béatrice tiene tiempo. ¿Y bien? ¿Qué escribió sobre mí? Aparte de los ojos cerrados.

JONAS. En el libro, la amiga de Mathilde escribió un libro, hace mucho. Sobre su galería. Se lo regaló a todo el mundo. Nadie lo leyó hasta el final. Ella lo sabe: vio, en casa de la gente, años después, las páginas que no se abrían. Desde entonces, solo lee los finales. Para no hacerles a los demás lo que le hicieron a ella.

(Una pausa. Judith mira el libro blanco que está sobre la mesa baja.)

JUDITH. Es falso.

JONAS. Es el libro.

JUDITH. Béatrice se durmió en la página diez. Me lo dijo ella misma, como un cumplido. «Tu libro es tan relajante.»

(Vuelve a coger el libro blanco, lo mira y lo deja otra vez delante de Jonas.)

JUDITH. ¿Lo leerá de todos modos?

JONAS. Hasta el final. Lo leo todo hasta el final. Los manuales de instrucciones, los prospectos, los contratos. Es el oficio.

JUDITH. ¿Qué oficio?

JONAS. El de escritor.

(Judith se levanta, va hacia el cuarto de invitados y se da la vuelta.)

JUDITH. Dígale a la que se lo contó que no se lo tengo en cuenta. Pero dígale también que no recito con los ojos cerrados. Los bajo.

(Sale al cuarto de invitados. La puerta de la cocina se abre enseguida. Camille asoma la cabeza.)

CAMILLE. Las nueve y veintiséis. Pregunta si ha leído hasta la página cuatro.

JONAS. Página dos.

CAMILLE. Dice que la página dos no tiene importancia.

JONAS. Dígale que ahí es donde suelen colártela.

(Camille entra en el salón, cierra la puerta de la cocina y baja la voz.)

CAMILLE. ¿Le puedo decir una cosa, mientras él espera? Sus cartas. Las leo en el tren, por la mañana. Escribe tres líneas, «con afecto», y da la impresión de que es verdad, de que el afecto es de verdad para mí. En la oficina nos las pasamos. Cuando escribió que no hacía falta venir, lloré en la cocina de la oficina, delante del hervidor.

JONAS. ¿Por qué?

CAMILLE. Quería ver la mano que escribía eso.

(Jonas se mira las manos. Camille también las mira.)

CAMILLE. Son más grandes de lo que pensaba.

JONAS. Han trabajado mucho.

(Vibra el móvil de Camille. Camille vuelve a la cocina. Se abre la puerta del cuarto de invitados. Sale Mireille, con Claire pisándole los talones.)

CLAIRE. No te toca.

MIREILLE. Es mi casa. Página doce, señor Lestey. Delante de todo el mundo.

JONAS. En el libro, Mathilde no lee los libros. Lee el jueves siguiente.

MIREILLE. Qué amable.

JONAS. El amable es el libro.

CLAIRE. Mireille. Tengo una hora exacta.

(Mireille vuelve al cuarto de invitados. Claire se sienta frente a Jonas, con el móvil en la mano.)

CLAIRE. Me quedan tres minutos. Antes de que llame el hospital.

(Deja el móvil sobre la mesa baja, con la pantalla contra la madera.)

CLAIRE. Es verdad. Lo programé yo. Las nueve y media, todos los jueves, desde hace cuatro años. Un tono de urgencia, feísimo. Digo «el hospital», cojo el bolso y me voy antes de que me pregunten qué me ha parecido el libro.

JONAS. ¿Y entonces para qué viene?

CLAIRE. Por las dos horas de antes. Una habitación donde nadie me necesita. Nadie duerme, nadie se despierta, nadie me pregunta la dosis. Ellas hablan. Yo escucho el ruido.

(Detrás de Claire, la puerta del cuarto de invitados se entreabre. Aparecen tres cabezas, una encima de otra: Judith, Nina, Elena. Jonas las ve. Claire no las ve.)

JONAS. ¿Y los libros?

CLAIRE. Me paso las noches durmiendo a la gente. Cuando abro una novela, la que se duerme soy yo. Página tres.

(Suena el móvil de Claire. Un tono estridente. Lo deja sonar.)

JUDITH. ¡Las nueve y media!

(Claire se da la vuelta. Las cabezas desaparecen. La puerta se cierra de golpe. Claire apaga el móvil.)

CLAIRE. Esta noche me quedo.

(Va al cuarto de invitados y abre la puerta de golpe. Judith, Nina y Elena caen al salón, unas encima de otras.)

CLAIRE. Estabais escuchando.

JUDITH. Estábamos comprobando la puerta.

ELENA. Chirría. Lo he apuntado.

NINA. ¿Y yo? ¿Salgo en el libro?

JONAS. Usted no sale.

NINA. ¿Nada de nada?

JONAS. Se escribió antes de que usted llegara.

NINA. He vendido trescientos ejemplares de un libro en el que no salgo.

(Nina se levanta y mira a Jonas un buen rato.)

NINA. Al llegar, usted dijo: «el libro más bonito que he abierto en mi vida». Los autores, en la librería... nunca dicen eso del suyo. Dicen «tiene sus defectos». Y esperan a que les digas que no.

JUDITH. ¿Qué estás diciendo?

NINA. Nada. Estoy a prueba.

(Mireille aparece en la puerta del cuarto de invitados.)

MIREILLE. Todas adentro. Béatrice está esperando.

(Claire, Judith, Nina y Elena vuelven al cuarto de invitados. Sale Béatrice. Avanza tanteando los respaldos con la punta del bastón y se sienta.)

BÉATRICE. La vieja profesora que dice «por qué». ¿Es todo lo que tengo, en su libro? ¿Una palabra?

JONAS. No.

BÉATRICE. Entonces dígalo.

JONAS. En el libro, alguien le lee en voz alta. Los martes. Porque ya no ve las letras. No se lo cuenta a nadie. Y cuando el libro es malo, finge que se duerme, para que la que lee pueda parar sin avergonzarse.

(Una larga pausa.)

BÉATRICE. Los martes.

JONAS. Los martes.

BÉATRICE. Solo hay una persona en el mundo que sabe eso.

JONAS. No revelo mis...

BÉATRICE. No le hace falta.

(Se levanta, despacio, apoyada en el bastón.)

BÉATRICE. ¿Ella escribió que yo fingía?

JONAS. Está escrito.

BÉATRICE. Entonces lo sabía. Desde el primer martes, sabía que yo no dormía.

JONAS. Ha dicho «ella».

BÉATRICE. Tengo ochenta y cuatro años, joven. Ya no veo las letras, pero a los fontaneros los veo perfectamente.

JONAS. ¿Se lo va a decir?

BÉATRICE. No me toca a mí decirlo. Yo solo digo «por qué».

(Béatrice va hacia el cuarto de invitados. La puerta se abre antes de que llegue. Sale Rose, con la toalla en la mano. Se cruzan en el umbral.)

BÉATRICE. Rose.

ROSE. Béatrice.

BÉATRICE. ¿El martes vendrás?

ROSE. Como todos los martes.

BÉATRICE. No como todos los martes. Empezarás por la página uno.

(Béatrice vuelve al cuarto de invitados. Rose cruza el salón hacia el dormitorio de Mireille.)

JONAS. Rose. El parte.

ROSE. Voy.

(Se abre la puerta de la cocina. Entra Camille, con el móvil en la mano. Rose está en medio del salón, de espaldas. Rose se para en seco.)

CAMILLE. ¡Ah! ¡La fontanera!

(Rose no se da la vuelta. Jonas agarra de la mesa baja lo primero que encuentra, el libro blanco de Judith, y se lo pone en la mano.)

ROSE. Buscaba mi llave del doce.

CAMILLE. Eso es un libro.

ROSE. Aprieta igual.

(Rose entra en el dormitorio de Mireille sin darse la vuelta y cierra la puerta.)

CAMILLE. ¿Ahora pasa por el dormitorio?

JONAS. Es más corto.

CAMILLE. Las diez menos veintidós. Quiere una foto de la firma antes de las diez. Si no, el lunes ni siquiera nos recibe.

(Se abre la puerta del cuarto de invitados. Vuelven al salón una detrás de otra. Rose no está con ellas.)

ESCENA 3

(Vuelven a sentarse en círculo. Camille se queda de pie, con el móvil preparado. Jonas tiene sobre las rodillas el contrato abierto por la página cuatro.)

MIREILLE. ¿Y bien?

JONAS. ¿Y bien qué?

MIREILLE. Nos ha visto una por una. ¿Quién?

CAMILLE. Perdón. Primero la firma. Son las diez menos veinte. Después buscan a quien quieran.

JUDITH. Firme. Es histórico.

MIREILLE. Firme. Después nos dice quién.

ELENA. Apunto la hora.

CLAIRE. Las nueve y cuarenta y uno. Tengo el móvil apagado, miro el reloj de la cocina.

(Camille le tiende el bolígrafo. Jonas lo coge. Apoya la punta en la página. Todo el mundo se inclina. Traza una letra. Se detiene. Deja el bolígrafo.)

JONAS. No puedo.

CAMILLE. ¿No puede qué?

JONAS. Firmar. No es mi nombre.

CAMILLE. Es un seudónimo. No es el nombre de nadie.

JONAS. Precisamente. No es el mío.

(Se levanta.)

JONAS. Soy el fontanero.

(Un silencio total.)

MIREILLE. ¿El fontanero?

JONAS. Entre las seis y las diez. Usted llamó esta mañana. Tenía una obra antes, al otro lado del río. Llegué a las ocho.

MIREILLE. A la hora de la autora.

JONAS. No sabía que llegaba a la hora de nadie.

JUDITH. Le he regalado mi libro al fontanero.

JONAS. Lo leeré de todos modos.

JUDITH. «Esa gente no lee nada.» Eso lo dije yo.

JONAS. A las ocho y dos minutos. Todavía tenía la caja en la mano.

JUDITH. Y se quedó.

JONAS. Quería saber qué se siente cuando te escuchan en un sillón. En las casas, normalmente, me hablan cuando estoy a cuatro patas debajo del fregadero. Me hablan de espaldas.

JUDITH. ¿Y qué se siente?

JONAS. Da miedo. Te entran ganas de decir cosas verdaderas, para estar a la altura del sillón.

CLAIRE. Eso explica el cubo.

BÉATRICE. Siempre lo dije.

NINA. Yo lo sabía. Desde el cuarto de invitados.

JUDITH. ¿Y no dijiste nada?

NINA. Estoy a prueba.

ELENA. «Veintiuna horas y cuarenta y dos. El fontanero.»

CAMILLE. Le he estrechado la mano. Le he hablado del hervidor.

JONAS. No le diré nada al contable.

CAMILLE. Pero usted lo ha leído. Hasta el final. Mejor que yo.

JONAS. Dos veces. En la furgoneta, entre dos fugas. Lo compré porque había un faro en la cubierta, y me gustan los faros. Un faro es fontanería. Agua

por todas partes, y la luz tiene que seguir seca.

CAMILLE. ¿Y la fontanera?

JONAS. No hay ninguna fontanera.

CAMILLE. ¡La he visto! ¡Me ha prohibido el grifo de la izquierda!

MIREILLE. Entonces, ¿quién ha arreglado mi cuarto de baño?

JUDITH. ¿Y quién ha escrito este libro?

(Todo el mundo habla a la vez. Mireille da una palmada.)

MIREILLE. No ha venido. Lo había prometido, y no ha venido.

JONAS. Sí ha venido.

MIREILLE. ¿Cuándo?

JONAS. Estaba aquí antes que yo.

(Se abre la puerta del cuarto de baño. Sale Rose, con las mangas remangadas, la caja de herramientas en la mano, un bolígrafo verde detrás de la oreja, una hoja de bloc en la otra mano y el libro blanco de Judith bajo el brazo.)

ROSE. Ya está arreglado. La junta del lavabo, y el sifón, ya que estaba. Mireille, hay que firmar el parte. Si no, no cobra.

CAMILLE. ¡La fontanera!

MIREILLE. ¿Rose?

JUDITH. ¿Rose es fontanera?

ROSE. Esta noche, sí.

(Camille le coge la hoja de las manos a Rose. Lee.)

CAMILLE. «Cambio de la junta del lavabo. Limpieza del sifón. Veintiuna horas y diez. Con afecto.»

(Camille levanta los ojos.)

CAMILLE. «Con afecto.»

(Elena abre el cuaderno por la página de esta noche y lo pone al lado del parte.)

ELENA. Firmó el cuaderno a las siete y cuarto. Con el mismo bolígrafo.

(Camille abre la cartera, saca un fajo de cartas sujetas con una goma, separa una y la pone al lado del parte. Compara.)

CAMILLE. La misma letra. Los mismos «con afecto». La misma tinta. Seis meses recibiendo estas cartas. Las he guardado todas.

(Una pausa. Camille mira a Rose.)

CAMILLE. Es usted.

(Nadie se mueve. Rose deja la caja de herramientas en la alfombra, junto al sillón alto.)

ROSE. Buenas noches. Me llamo Rose. Marthe es para los libros.

ESCENA 4

(Un largo silencio. Rose sigue de pie en medio del círculo.)

JUDITH. Estabas aquí.

ROSE. Todos los jueves. Desde hace seis años.

CLAIRE. Las nueve y media. ¿Cómo lo sabías?

ROSE. Quince años de noches en tu hospital, Claire. Nunca has estado de guardia un jueves.

CLAIRE. Nunca se lo has dicho a nadie.

ROSE. ¿A quién? Yo no hablaba.

JUDITH. ¿Y mi libro? Escribiste que nadie lo había leído.

(Rose le tiende el libro blanco.)

ROSE. Yo lo leí. Entero. En voz alta, a Béatrice. Se durmió en la página diez, y seguí yo sola hasta el final. Hay una página sobre un cuadro de un barco que nadie quiso comprar nunca, y que te quedaste. Página noventa. Es la más bonita.

JUDITH. La noventa.

(Judith se sienta, con el libro blanco contra el pecho.)

NINA. Y yo no salgo.

ROSE. Llegaste demasiado tarde para el primero. Saldrás en el siguiente.

NINA. ¿Haré yo la tarjeta?

ROSE. Si lo lees.

NINA. Hasta el final.

(Una pausa. Nina se vuelve hacia Mireille.)

NINA. Alguien importante me ha dirigido la palabra.

MIREILLE. Estás admitida.

JUDITH. Te habla desde hace tres meses, Nina. Fue ella quien te enseñó dónde se dejan los abrigos.

NINA. Sí. Pero esta noche la he oído.

(Béatrice golpea el suelo con el bastón. Todo el mundo se vuelve hacia ella.)

BÉATRICE. La decana hace la primera pregunta.

MIREILLE. Béatrice, no es el momento.

BÉATRICE. Desde 1971, es la primera vez que tengo delante a la autora de verdad. No pienso dejarla escapar.

(Mira a Rose.)

BÉATRICE. ¿Por qué?

(Una pausa.)

ROSE. Porque trabajaba de noche. Treinta años despierta mientras todo el mundo dormía. Hacia las cuatro de la mañana, entre dos rondas, hay una hora en la que no pasa nada, en la que no llama nadie. Una hora mía. Escribí en esa hora. Primero el faro, porque mi padre me hablaba de él, y murió sin haber subido nunca. Y luego, un jueves, Béatrice me trajo aquí. Traje canelés. Me dijeron que los dejara en la cocina. Nadie me preguntó qué me había parecido el libro, y yo tampoco lo había leído, así que era justo. Me senté a un lado, y miré. Y una noche, a las cuatro, dejé a Aurore en lo alto de sus escalones. Página trescientos uno. Bajé de la isla, y vine aquí.

MIREILLE. ¿Y esta noche?

ROSE. Esta noche venía a decíroslo. La carta la eché en su buzón, Mireille, al volver a subir a mi casa. Y entonces llamó él, y estabais tan contentas de tener a un escritor en el sillón. No me atreví a quitároslo.

JUDITH. ¿Y la página trescientos? Te habías quedado ahí.

ROSE. Me quedé en la página trescientos porque lo que viene después sois

vosotras.

(Mireille coge un ejemplar de la pila y lo abre.)

MIREILLE. Voy a leer la página trece.

ROSE. Lea primero la trescientos uno. Irá más deprisa, ya conoce a la gente.

(Camille se adelanta, con el contrato en la mano.)

CAMILLE. Perdón. No es el momento. Son las diez menos diez. El banquero.

ROSE. Firmo. Con una condición. Usted lee el de Jonas.

JONAS. ¿El mío?

ROSE. Le asoma de la bolsa desde las ocho. Se ven las pinzas de la ropa.

(Jonas abre su bolsa de lona y saca un fajo de hojas sujetas con dos pinzas de la ropa.)

CAMILLE. ¿De qué trata?

JONAS. De los cuartos de baño de la gente.

CAMILLE. Hemos publicado las recetas de la isla de Ré. Ya no nos da miedo nada.

ROSE. Hasta el final.

CAMILLE. Hasta el final. Esta vez no tengo que entregar ninguna contracubierta el jueves.

(Rose coge el bolígrafo verde de detrás de la oreja y firma el contrato sobre la mesa baja. Camille fotografía la página.)

CAMILLE. Las nueve y cincuenta y uno. El Estran no cierra en Navidad.

(Mireille coge el parte de trabajo y el bolígrafo verde, y firma abajo. Le tiende el parte a Jonas.)

MIREILLE. Su parte. El jefe estará contento.

JONAS. El jefe no me va a creer.

MIREILLE. Dígale que ha sido una velada normal.

(Mireille se vuelve hacia Elena.)

MIREILLE. Y tú le dirás a Thomas que el salón tiene cuarenta metros

cuadrados. Y que los jueves está lleno.

ELENA. ¿Usted lo sabía?

MIREILLE. Tu cinta métrica asoma del cuaderno desde septiembre. No he dicho nada. Quería ver qué escribías.

(Jonas coge su caja y su bolsa y va hacia la puerta del rellano. Se da la vuelta.)

JONAS. Gracias por los canelés.

MIREILLE. ¿Viene el jueves que viene? Leeremos el suyo.

JONAS. Entre las seis y las diez.

ROSE. Quédese a tomar el té. Está frío, pero voy a hacer más.

(Rose coge la tetera y sale a la cocina. Jonas deja la caja junto a la puerta y se queda. Una pausa. El club mira la puerta de la cocina.)

CLAIRE. Seis años. Dos pisos más abajo.

BÉATRICE. Yo sabía que escuchaba. Ya es mucho, entre nosotras.

(Rose vuelve con la tetera humeante. Da la vuelta al círculo y sirve el té en cada taza, una a una. Las seis la miran. Jonas la mira. Camille la mira. Nadie habla.)

JUDITH. Y sirvió el té, como cada jueves...

(Se detiene.)

BÉATRICE. Sigue.

JUDITH. No. El final ha cambiado.

(Rose deja la tetera y se sienta en el sillón alto. Oscuro.)



Ensaya este texto con Acto

Una voz te da la réplica, lo aprendes a tu ritmo y te pones a prueba.

acto.re/biblio

Qué puedes hacer con él

Todas lo han leído

Texto original escrito para Acto. Léelo, imprímelo, trabajalo en clase, interprétalo en un casting o en un self-tape: para eso está, y no tienes que pedir nada. Para una representación pública o un uso comercial, escríbenos a contact@acto.re.